

Crónicas de un mundo enfermo: la mirada crítica de Manuel Zeno Gandía

JAVIER ORDIZ

Manuel Zeno Gandía es considerado en la actualidad como el primer novelista de cierta relevancia en la historia de Puerto Rico. Con anterioridad a él, la todavía por entonces colonia española apenas si había dado muestras de una actividad literaria de calidad, como no fuera la obra de los hoy casi olvidados Salvador Brau o Matías González García.

La personalidad de Zeno Gandía se halla muy cercana a la del intelectual decimonónico que aunaba en Hispanoamérica la dimensión de hombre político —a menudo con responsabilidad en la Administración— y creador literario. De igual forma que autores como Lizardi o Mármol utilizaron sus obras como foro de expresión de su ideario personal, los relatos de Zeno no se comprenden en su integridad si no se tienen en cuenta las posturas independentistas que el autor defendió durante toda su vida y que sólo atemperó durante su corta y poco entusiasta colaboración con la administración norteamericana cuando ésta se hallaba recién implantada en la isla. Las cuatro novelas que Zeno agrupó bajo el título genérico de “Crónicas de un mundo enfermo” —*La charca* (1894), *Garduña* (1896), *El negocio* (1922) y *Redentores* (1925)—, tienen como finalidad ofrecer una imagen de la corrupción y la degradación existentes en la sociedad colonial bajo sus diferentes administraciones en la que late en última instancia la denuncia, más explícita en los últimos relatos que en los primeros, de una situación política de dependencia que a juicio del autor es la responsable directa de buena parte de los males del país.

La descripción del *medio* ocupa un lugar primordial en todas las novelas de Zeno. En un espacio que se halla dominado por fuerzas negativas de diversa índole, se mueven una serie de personajes *positivos* que acaban siendo vencidos por el poder inexorable y fatal del entorno. Así lo atestiguan ejemplos como la muerte de Silvina en *La charca* o las huidas que protagonizan Sulpicio en *Garduña* o Leopoldo en *El negocio*, aunque en este último caso hay que matizar que el lector percibe esa derrota casi como un triunfo o una liberación, al suponer a la vez el inicio de la relación amorosa del joven con su amada Leocadia. Las historias de Casilda y de Padosa, personajes de *Garduña* y *Redentores* respectivamente, nos acercan por su parte al tema muy de época de la muchacha engañada que se ve obligada a ejercer la prostitución para sobrevivir. El autor, como ya sucedía en novelas como *Santa* de Gamboa o *Juana Lucero* de D’Halmar, ofrece en todo momento una visión positiva y compasiva de ambas mujeres, y responsabiliza exclusivamente de su situación a una sociedad hipócrita, egoísta y sólo preocupada por el poder y el dinero.

Las opiniones y puntos de vista de Zeno se expresan con frecuencia por medio de intervenciones directas del narrador o a través de personajes que defienden la ideología social o política del autor, como Juan del Salto en *La charca* o Camilo Cerdán en *El negocio*. La función de éstos reside básicamente en ser espectadores de una acción que apenas les afecta personalmente, y sus largas intervenciones, que apenas encuentran réplica alguna, resultan con frecuencia forzadas y fuera de lugar. Esto nos sitúa ante una de las características más reseñables de los relatos de Zeno, con excepción de *Garduña*: la alternancia casi a partes iguales entre acción dramática y discurso teórico, en una estructura similar a la que encontramos en *Amalia* de Mármol.

En *La charca* y *Garduña* la acción se localiza en un entorno rural, que Zeno describe como un espacio donde domina la incultura y en el que las relaciones humanas se hallan presididas por los instintos más elementales. Esta situación viene directamente determinada por el aislamiento geográfico de estas comunidades y del consecuente beneficio que proporciona una sociedad civilizada. El camino que lleva al poblado de *La charca* se describe de este modo como “más propio para cabras y gatos monteses que para seres humanos”¹, mientras que el que conduce al lugar de la acción de *Garduña* es “un camino difícil, abrupto, abierto por la costumbre de los caminantes más que por el pico penetrante del obrero”². El tema recuerda con claridad los planteamientos de Sarmiento y otros intelectuales del XIX, y en esta línea Zeno y sus portavoces en la novela analizan las causas y posibles remedios de la *barbarie* rural. Juan del Salto atribuye el origen de la misma a las “mezclas étnicas” habidas en la región, que a su juicio han generado “una raza inerme (...) sin fluido nervioso (en) el cerebro”³. En este grupo humano son prácticas frecuentes la promiscuidad sexual temprana o el abuso del alcohol, que a su vez son causas directas de enfermedades y comportamientos violentos. La teoría se ejemplifica con el caso de Silvina, muerta a la postre por una delicada salud fruto de “una vida genésica prematura”⁴ o de Marcelo, hombre sensato y pacífico que tras ingerir alcohol se convierte en un ser sin control que llega a asesinar a su propio hermano. En las palabras de Del Salto se encuentra de nuevo la solución al problema: “cultura, mucha cultura; (...) levantar sobre eriales de ignorancia templos de saber. ¡Escuelas, escuelas!”⁵, un programa que en cierto momento desgrana en los siguientes puntos: “higiene forzosa”, implantación del servicio militar obligatorio, cuidado en el vestir, prohibición del alcohol y una “urbanización reglamentada”⁶, en resumen, un plan que facilite la llegada de la civilización en el sentido sarmientino a esos espacios aislados.

El *medio* es el mismo en *Garduña*, aunque esta novela difiere del resto en que aquí apenas existen disquisiciones teóricas. El autor intenta demostrar cómo estas gentes incultas y egoístas pueden ser embaucadas por seres que emplean la superioridad moral e intelectual que les confiere su educación para actuar en su propio beneficio. El vil y corrup-

1 M. Zeno Gandía, *La charca*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, pág. 149.

2 M. Zeno Gandía, *Garduña*, Río Piedras, Edil, 1973, pág. 5.

3 M. Zeno Gandía, *Garduña*, ed. cit., pág. 16.

4 M. Zeno Gandía, *Garduña*, ed. cit., pág. 135.

5 M. Zeno Gandía, *Garduña*, ed. cit., pág. 16.

6 M. Zeno Gandía, *Garduña*, ed. cit., pág. 37.

to abogado Garduña es en cierto modo la contrapartida de Juan del Salto: ambos son personajes instruidos, situados en un contexto que no es el suyo, pero mientras que el segundo se duele de la situación que contempla y piensa en posibles remedios —aunque ciertamente nunca mueva un dedo por conseguirlos—, el primero se aprovecha de la misma para hacerse con los bienes y propiedades de los campesinos.

La acción de *El negocio* y *Redentores* se desarrolla en las ciudades de Ponce y San Juan respectivamente. Estamos ya ante novelas de un mayor calado político por cuanto que los problemas que en ellas se plantean y las soluciones que se ofrecen a los mismos tienen una clara correspondencia con el ideario de los partidos que el propio Zeno contribuyó a fundar tras el periodo colonial español: Unión de Puerto Rico y el Partido de la Independencia.

Aunque escrita en 1922 *El negocio* se ambienta aún en la época de la dominación española, mientras que los hechos narrados en *Redentores* tienen lugar ya bajo el dominio norteamericano. En ambos casos la intención es la misma: poner al descubierto la corrupción reinante en los ámbitos económicos y administrativos de la colonia, y responsabilizar de ello directamente al sistema tutelado por una potencia extranjera que ordena y legisla sin tener en cuenta la realidad ni las particularidades propias de la isla. Zeno también hace responsables indirectos de la situación a los propios habitantes de Puerto Rico, inexplicablemente adormecidos ante tanta injusticia, y sobre todo a una clase burguesa acomodada, más preocupada en obtener provecho personal de la coyuntura que en el bienestar colectivo de la población. Ésta última situación la ejemplifica la figura de Áureo del Sol en *Redentores*, que paga con la soledad final que lo priva del cariño de su hijo y de su amada su ambición de convertirse en el primer gobernador criollo bajo la administración estadounidense. Esta novela es la de mayor contenido político de toda la trayectoria artística de Zeno, y en ella el autor vierte críticas muy duras hacia el nuevo sistema. Una vez más, en el relato se suceden las largas discusiones y reflexiones que tienen en este caso como tema central las relaciones entre la colonia y sus nuevos gobernantes y que traen a colación personajes como el mencionado Áureo del Sol, su hijo Antonio, el tipógrafo Pedro Piedra, o los norteamericanos Madelon Arriman o Monseñor, todos ellos comprometidos activamente con la causa independentista de Puerto Rico. El autor da cabida también en su obra a artículos periodísticos y reproduce discursos en mítines y asambleas que tienen siempre relación con el tema mencionado. Tampoco en este caso va a existir réplica alguna en el plano teórico a estos comentarios, que con diversos matices y desigual intensidad critican el dominio estadounidense en la isla. La contrapartida a estos ideales de libertad, que defienden como es habitual en las novelas de Zeno personas de gran inteligencia, altura moral y agradable aspecto exterior, vendrá dada por la actitud de los villanos de turno, entre los que destaca el malévolo Elkus Engels, cabeza visible de la administración extranjera, y que a la corrupción en el desempeño de su cargo añade una personalidad desprovista de toda moral, como prueba la historia del engaño, seducción y posterior abandono de la joven e ingenua criolla Piadosa, obligada, como se ha visto, a ejercer la prostitución. Las relaciones entre estos dos personajes y la propia personalidad de cada uno se encuentran revestidas de una indisimulada carga simbólica que viene a representar la situación de dominio existente entre la colonia y la metrópoli. Igual que la

muchacha nativa, Puerto Rico ha sido utilizado, engañado, mancillado y degradado por las promesas incumplidas del gobierno norteamericano, que ha explotado a la isla en su propio beneficio y ha negado a sus habitantes la plena ciudadanía. Cuando Engels la abandona a su suerte en Nueva York, las reflexiones de Piadosa van claramente en este sentido: “Habían esclavizado a su patria con engañosas promesas también; y como ella, indefensa, había sucumbido a la servidumbre”⁷. En consonancia con este simbolismo, no es de extrañar que Antonio del Sol, independentista convencido y enamorado desde siempre de la joven, la rescate finalmente de la prostitución y contraiga matrimonio con ella sin importarle su pasado.

En *El negocio* el enfrentamiento entre los hermanos Leopoldo y Gastón intenta escenificar la confrontación entre criollos y peninsulares. El primero es el trabajador honesto, dechado de virtudes, que se ha arruinado por no saber o no querer hacer negocios en un mundo corrupto que le obligaba a renegar de su moral y sus principios. Gastón, por su parte, es el español que no ha trabajado nunca, que ha vivido de las rentas de su hermano, y que tras la quiebra de éste llega a la colonia con un talante prepotente y despreciativo a reclamar lo que cree suyo. En la escena final ambos llegan a las manos, y tras las quejas de Leopoldo sobre lo que considera injustificada agresión de su hermano, su amigo Camilo le responde con estas palabras que cierran el relato: “Ríete de eso (...) sabe el cielo sobre qué rostro caerán las bofetadas de lo porvenir...”⁸. Es inevitable el recuerdo del final de *En la sangre* de Cambaceres, con esa advertencia que le hace Genaro —símbolo de la inmigración incontrolada— a su esposa Máxima, representante de la clase criolla tradicional, tras la agresión de la que le hace objeto: “te he de matar un día de estos, si te descuidás”⁹.

Como se puede deducir de lo comentado hasta ahora, las novelas de Zeno pecan en líneas generales de un esquematismo quizás demasiado obvio y elemental en la caracterización de los personajes y de un apriorismo ideológico que lastra irremediabilmente todos los recursos narrativos. El grave inconveniente que tienen obras como éstas tan estrechamente apegadas a una situación histórica concreta es que desaparecida ésta, o leídas desde otro contexto, pierden vigencia e interés si el autor no tiene el suficiente talento o habilidad para crear caracteres o generar situaciones que trasciendan esa inmediatez, es decir, si no sabe sugerir otros *niveles de lectura* del texto. Los creadores de las grandes obras de la narrativa realista y naturalista —*Madame Bovary*, *Naná*, *La regenta*, *Los miserables*, y otras muchas más— supieron conjugar de forma magistral la respuesta a una situación histórica y contextual concreta con la creación de personajes y la descripción de pasiones y conflictos de calado universal, lo cual las ha convertido en obras admiradas durante generaciones que han mantenido siempre una cierta cuota de actualidad. Lamentablemente creo que no se puede decir lo mismo de Zeno Gandía, creador de personajes endebles cuya funcionalidad en el relato como se ha visto se reparte casi sin matices entre los héroes nobles (Casilda, Leopoldo, Piadosa...), los *villanos* (Garduña,

7 M. Zeno Gandía, *Redentores*, Río Piedras, Edil, 1973, pág. 265.

8 M. Zeno Gandía, *El negocio*, Río Piedras, Edil, 1973, pág. 425.

9 E. Cambaceres, *En la sangre*, Madrid, Editora Nacional, 1984, pág. 239.

Andujar, Elkus Engels) que dominan y controlan el entorno, y los *intelectuales* como Juan del Salto, Camilo Cerdán o Monseñor que reflexionan, moralizan, debaten y proponen soluciones a los problemas planteados, aunque casi nunca actúan.

No quisiera terminar mi intervención sin tratar, aunque sea de forma muy breve, un tema que se inserta en el curso de una investigación que llevo a cabo de forma discontinua desde hace algún tiempo. Me refiero a las relaciones de Zeno Gandía con el naturalismo. A ninguno de ustedes se les habrán escapado algunas referencias obvias a este movimiento cultural y literario que han venido saliendo en el transcurso de esta comunicación. El propio título que el autor da a su tetralogía, “Crónicas de un mundo enfermo” nos pone sobre la pista del escritor naturalista que, llevado de una pretensión científica —y no nos olvidemos tampoco que Zeno era médico de profesión—, intenta penetrar en los recovecos del cuerpo social para describir y diagnosticar sus males. A su vez, el estudio del funcionamiento de un determinado carácter en un *medio* particular nos remite también a uno de los principios teóricos fundamentales de la escuela zoliana, del mismo modo que las historias de prostitutas y alcohólicos nos recuerdan a las novelas de la época. Sin embargo, con ser éstos elementos de inequívoca raigambre naturalista, hay que reconocer que las relaciones entre Zeno y los postulados de la llamada Escuela de Médan terminan aquí. Aun siendo ya tardía la influencia naturalista en su obra —recordemos las fechas de publicación de sus novelas— creo incluso que la mirada del portorriqueño se dirige todavía más atrás en el tiempo y de hecho al lector medianamente conocedor de la literatura del continente no le será difícil encontrar más puntos de contacto entre estas novelas y otras como *Martín Rivas*, *Amalia* o incluso *Facundo* que con el naturalismo finisecular. A lo largo de mi exposición se han señalado algunas de las razones de esta cercanía, pero se podrían añadir más, en especial las subtramas amorosas que el autor plantea con frecuencia en sus obras y que responden a todos los tópicos del idealismo romántico: pasiones profundas desprovistas de interés sexual y expresadas en un tono retórico y almibarado al que acompaña la descripción de una naturaleza que subraya la intensidad de la acción dramática y a menudo se acompaña a los sentimientos de los personajes.

Más que un decidido cultivador del naturalismo, Zeno se adscribiría por tanto a ese amplio grupo de escritores hispanoamericanos que recogieron las influencias de este movimiento pero tan sólo de una manera superficial y genérica. La mirada crítica que el portorriqueño despliega sobre la realidad de su tierra no responde en modo alguno a la visión determinista y hasta sórdida del universo naturalista y se corresponde más con el afán didáctico y civilizador de los primeros tiempos de la América independiente.